

Advertencia a la presente edición

He aprovechado la oportunidad de esta segunda edición de *Intelectuales. Notas de investigación* como quien aprovecha una ocasión para ampliar y mejorar un poco la casa. En la primera edición (2006), el texto se había ajustado a la extensión que fijaba la serie en la que se publicó, dirigida por el lamentado amigo Aníbal Ford, y algunas cosas quedaron en el tintero. Incorporaré ahora esos pasajes, reescribí algunos tramos y, como entretanto hice nuevas lecturas sobre el tema, amplié también el campo de referencias. Introduje asimismo una variación en el subtítulo (reemplacé el anterior por *Notas de investigación sobre una tribu inquieta*) para definir de manera menos genérica el contenido del texto. Los cambios no han alterado el esquema ni la finalidad original: mostrar modos de aproximarse y analizar esa especie moderna que llamamos *intelectuales*.

El trabajo que se halla detrás de este breve libro ha consistido en leer y escribir, esbozar algunas hipótesis, apoyar o hacer reparos a argumentos ajenos, en fin, todas las operaciones corrientes en la labor de preparar y dictar seminarios, que es la práctica de donde provienen estas páginas, según consigné ya en el prólogo a la primera edición.

No haré conjeturas sobre el futuro de los intelectuales. Quiero proponer, en cambio, unas pocas observaciones sobre el presente, a la luz de las últimas décadas.

Contra la idea corriente en otras partes del mundo —la de que había llegado la hora del fin, la hora de decir adiós a los intelectuales, la idea de que la tribu se hallaba moribunda—, en “nuestra América” ella no muestra más que signos de vida, y la cuestión del papel cívico de los hombres y las mujeres de pluma sigue interesando.

Los pronósticos sobre el deceso irrevocable de la especie se basaban en la mutación del paisaje cultural, que resultaba del advenimiento del orden mediático y de la crisis de las filosofías de la historia en las que los intelectuales, durante mucho tiempo, habían fundado el sentido del compromiso político. La fragmentación del conocimiento en sectores cada vez más especializados se añadía a ese cuadro en que la imagen del intelectual se erosionaba. ¿Acaso resultaba concebible un papel y una audiencia en la era audiovisual para esos seres del mundo impreso? ¿Podían ellos reclamar el punto de vista de la totalidad, como creía Karl Mannheim, cuando la multiplicación de los saberes y sus lenguajes hacía cada vez más quimérica esa aspiración?

En cuanto a las filosofías de la historia, su crisis no equivalía al fin de la historia, como se concluyó apresuradamente, sino que esta aparecía más enigmática y su curso, más incierto. El espacio del profetismo histórico se contrajo: ¿con cuánta credibilidad podía contar quien afirmara tener las claves de ese curso? ¿Podía saber hacia dónde marchábamos y qué tipo de civilización sucedería al desorden presente?

Por cierto, América Latina no ha estado ni está al margen de los procesos señalados. Tampoco en esta parte del mundo las relaciones entre cultura y política son las del pasado, y las disyuntivas del compromiso ya no son las que Claudia Gilman retrató en su libro *Entre la pluma y el fusil* sobre los años sesenta. Gravitan poco en el

presente los enemigos declarados de la democracia, y la mayoría de los líderes de opinión habla en nombre de ella. El discurso profético de los *clercs* no ha desaparecido, ciertamente, y algunos de sus exponentes son muy escuchados. Sin embargo, la intervención en el debate cívico hoy conoce también otros estilos y otras figuras. Y para tipificar estas nuevas modalidades se emplea generalmente el nombre de *intelectual público*.

El intelectual público no se concibe como un magistrado del espíritu ni como un experto, sino como un ciudadano que busca animar la discusión de su comunidad y que se rehúsa por igual tanto al consenso complaciente como a las simplificaciones, sean las del mesianismo político, sean las del discurso mediático. No toma la palabra en nombre del sentido de la historia, ni cree que sea imprescindible una teoría general para plantear su posición respecto de lo justo y de lo injusto, de lo legítimo y lo ilegítimo, o para defender el respeto o expresar solidaridad con las víctimas de la opresión, cualquiera sea esta. Al intervenir en el debate o al suscitarlo, el intelectual público suele valerse de su competencia en alguna disciplina, pero pretende una comunicación que no se limite a sus colegas ni al campo disciplinario al que pertenece. La democracia es su ambiente propicio.

¿Qué esperar de estas tendencias, que, por supuesto, requerirían descripciones más prolijas que la ofrecida por las pocas indicaciones hechas aquí? Prefiero no internarme en vaticinios sobre las relaciones entre cultura y política en sociedades como las nuestras, propensas a la inestabilidad y los cambios de rumbo.

No quisiera concluir sin agradecer a Carlos Díaz la invitación a reeditar el libro bajo el sello de Siglo XXI, y al equipo de correctores de la editorial la atenta y sensible lectura que ayudó a mejorarlo.

CARLOS ALTAMIRANO

INTELECTUALES

¿De dónde proviene la autoridad que se les reconoce a los intelectuales, y qué clase de autoridad es? ¿Qué significa desempeñar ese papel en el espacio social? Lejos de estipular un deber ser que indique cuál es la función que les corresponde, Carlos Altamirano propone un análisis comprensivo de la figura de los intelectuales en el contexto mudable de la historia.

Con afán de ser claro y evitar posturas exaltadas, sigue un recorrido que va desde el mito de origen de los hombres de ideas –la intervención del escritor francés Émile Zola en lo que se conoce como el *affaire* Dreyfus– hasta las últimas décadas, cuando la irrupción de los medios masivos y la presunción del fin de la historia llevaron a pensar que eran una especie en extinción. En el medio, las ideas de Marx, Gramsci, Said, Mannheim, Bourdieu, Bauman, entre otros, son analizadas atendiendo a sus concepciones sobre el vínculo de los intelectuales con las clases dominadas o su pertenencia a las clases dominantes, su mayor o menor capacidad para impugnar el poder político, la importancia de su compromiso o su prescindibilidad.

En esta nueva edición de un trabajo ya clásico, el autor demuestra que el papel público de los hombres y las mujeres de pluma sigue interesando, y que no puede ser pensado por fuera del contexto social y las tradiciones culturales. También que, aun cuando el curso de la historia se haya revelado incierto y enigmático, el intelectual público tiene algo para decir en un ambiente democrático: ya entrado el siglo XXI, su palabra no posee valor profético, pero puede animar la discusión de su comunidad si se rehúsa por igual al consenso complaciente y a las simplificaciones, sean las del mesianismo político o las del discurso mediático.

NUEVA EDICIÓN REVISADA Y AMPLIADA

 **siglo veintiuno**
editores

ISBN 978-987-629-334-1



9 789876 293341

Librería García Cambeiro